

PRESENTACIÓN

En un documento de la Comisión Teológica Internacional de 1981, dedicado a reflexionar sobre las relaciones entre la teología, la cristología y la antropología, se lee: “Jesucristo, llevando a su culminación la revelación realizada a lo largo de la historia de la salvación, manifiesta el misterio de Dios, cuya vida trinitaria es, en Él mismo y para nosotros, fuente de una comunicación llena de amor. Este Dios, revelado ya en el Antiguo Testamento y predicado, de modo definitivo, por Jesucristo, se ha acercado al hombre (cfr. Dt 4, 7). Mientras que en algunas religiones de la humanidad es más bien el hombre quien busca a Dios, en la Revelación es Dios quien toma la iniciativa de buscar al hombre y de amarlo cordialmente”¹.

El interés de fondo que mueve las reflexiones contenidas en este libro consiste en comprender mejor la relación que, fundada en el amor de Dios e intensamente atestiguada en la doctrina revelada, existe entre el misterio trinitario y la salvación del hombre. Esta última –en conformidad también con la doctrina revelada– la entendemos, ante todo, como la plena realización de nuestro destino eterno, que consiste en la participación personal en la comunión trinitaria como hijos del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo. En el anuncio de su cumplimiento se contempla ya también, como el todo en la parte, su incoación en esta vida merced a la incorporación del hombre por medio de la gracia al misterio del Verbo encarnado. En el Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado no sólo ha sido plenamente revelado

1. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL (CTI), *Teología-Cristología-Antropología* (1981), A.3.3; en: “Documentos, 1969-1996 : veinticinco años de servicio a la teología de la Iglesia”, edición preparada por Cándido Pozo, BAC, Madrid, 1998.

el misterio íntimo de Dios, sino también, al mismo tiempo, el misterio de la persona humana en cuanto criatura llamada a participar en Cristo de esa vida íntima de Dios.

Así, pues, el núcleo fundamental de la temática que vamos a considerar a lo largo de estas páginas descansa sobre los siguientes presupuestos:

a) La fe trinitaria de la Iglesia y también, por eso mismo, la reflexión teológica sobre la salvación cristiana, sólidamente apoyadas en el misterio del Verbo encarnado. En Él ha sido enteramente desvelada toda la verdad sobre Dios y sobre el hombre.

b) Con su vida terrena, su muerte y su gloriosa resurrección, Cristo ha llevado a su perfección la revelación histórica de la Trinidad. Por medio de sus palabras y obras ha quedado ante todo confirmada y plenamente realizada la revelación veterotestamentaria (la absoluta trascendencia de Dios, su unicidad, su amorosa acción creadora, su omnipotencia, su eterna voluntad de salvación, su presencia salvífica, su ilimitada misericordia, su amor paterno...). Pero todo eso ha adquirido en Él un sentido nuevo, pues, al manifestársenos como el Hijo y darnos a conocer en Él al Padre, ha revelado que tal paternidad y tal filiación expresan enteramente lo que Dios es en Sí: misteriosa comunión de Padre e Hijo en el Amor, que es el Espíritu Santo.

c) La iluminación cristológica del misterio de Dios ha revelado, al mismo tiempo, algo particularmente importante para nosotros. El Concilio Vaticano II lo expresa con estas palabras: “Cristo nuestro Señor, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”². La revelación en Cristo de la intimidad trinitaria arroja, en efecto, plena luz sobre lo que es el hombre en cuanto criatura amada por Dios y llamada a participar en aquella divina intimidad.

d) Así, pues, el misterio revelado de Dios en Cristo contiene dos aspectos, teológicamente distinguibles pero al mismo tiempo inseparables: la intrínseca realidad del ser divino como comunión de Personas, y la llamada que Dios dirige al hombre a participar en ella, es decir, su voluntad salvífica respecto de nosotros. Dios Trino se nos ha dado a conocer al manifestarnos en Cristo su amor salvífico. La revelación del misterio trinitario es, pues, inseparable de la revelación del destino eterno del hombre y, consecuentemente, del sentido último

2. CONC. VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

de su existir terreno. La Vida divina ha sido mostrada y donada en Cristo como eterno destino de la persona humana. Esa es, por consiguiente, la clave más profunda de la existencia personal y colectiva del hombre; y es también, a la vez, la fuente de significado de la entera creación.

Cuanto más ahondemos en el misterio del Dios Trino revelado en Cristo, más hondamente penetraremos en el misterio del hombre y de su salvación. La reflexión teológica no debe, pues, separar lo que nos ha sido revelado en unidad. El teólogo, al construir y transmitir sus reflexiones sobre el tema de Dios y nuestra salvación, está obligado a conjugar la intrínseca conjunción y armonía entre ambos aspectos revelados, distinguiéndolos pero sin desarticular intelectualmente su unidad. La dimensión intradivina (ontológica) del misterio trinitario como comunión de Personas, y la dimensión económico-salvífica, esto es, su manifestación a través de los envíos del Hijo y del Espíritu Santo para ser participado, son por voluntad divina dos realidades que han de ser pensadas en unidad. Asimismo, y evitando toda confusión entre ambas, es tarea de la teología tratar de comprender mejor la consecuente conjunción entre las mencionadas dimensiones del misterio y la dimensión espiritual, es decir, ahondar en el modo de concebir la real presencia del Dios Trino en la criatura o, dicho desde la otra perspectiva, de entender la participación de la criatura en la comunión trinitaria. En las páginas que siguen nos proponemos justamente eso: ahondar teológicamente en la conjunción entre las tres dimensiones del misterio revelado: ontológica, económico-salvífica y espiritual, tratando de mostrar, en la medida de lo posible, la luz que mutuamente se prestan.

La conjunción e interrelación entre esas tres dimensiones del misterio de Dios no siempre ha sido puesta de manifiesto a lo largo de la historia de la teología, o no lo ha sido suficientemente. Aunque haya estado siempre presente de modo implícito, pues pertenece a la verdad revelada, lo habitual ha sido más bien tratarlas por separado, poniendo el acento –por razones metodológicas– en unos aspectos más que en otros. Tales diferencias de acentuación quizás hayan contribuido a la introducción de algún desequilibrio en la exposición teológica de la revelación trinitaria, con las consiguientes deficiencias en sus prolongaciones espirituales y pastorales. Hablando en términos generales, en la teología occidental el acento se ha puesto sobre todo, hasta bien entrado el siglo XX, en la dimensión ontológica del misterio, con el correspondiente déficit de atención al desarrollo de la dimensión económico-salvífica. Ésta ha sido, en cambio, intensamente

destacada a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Puede decirse que la teología trinitaria contemporánea ha ido alcanzado equilibrio metodológico entre ambas dimensiones, cuya unidad ha sido también fuertemente subrayada por las enseñanzas magisteriales.

Queda en cambio, mucho por hacer para conseguir que la dimensión espiritual del misterio trinitario alcance el tratamiento teológico que merece, y pueda no sólo ser iluminada más profundamente por las otras dimensiones sino iluminarlas también a su vez. Es ésta una tarea aún por desarrollar, en la que hay que trabajar con más convicción. Poner de manifiesto la relación de mutuo enriquecimiento entre teología trinitaria y vida espiritual o economía de la gracia, es, en efecto, como también ha señalado Emmanuel Durand³, unos de los terrenos en los que debe avanzar la reflexión teológica.

Estas páginas han sido elaboradas teniendo a la vista esa intención.

3. Cfr. E. DURAND, *Cinq tâches fondamentales pour confirmer le renouveau trinitaire*, en: E. Durand – V. Holzer, *Les sources du renouveau de la théologie trinitaire au XX^e siècle*, Ed. Du Cerf, Paris 2008, p. 302.